

de todas sus dignidades, mientras que no recayera sentencia sobre él.

TENTATIVA DE REVOLUCIÓN EN ROMA.— Agotado por tan violentas emociones, Julio II enfermó gravemente el 17 de Agosto. La gente del Vaticano, creyendo en la muerte inminente del pontífice, saqueó en un momento hasta las ropas del lecho que ocupaba el paciente. El duque de Urbino acudió á la cabecera de su tío, que todavía respiraba, y á quien velaba un médico judío. Hasta fuera de Roma circulaba la noticia del fallecimiento del papa, y la ciudad pontificia saludaba su emancipación. Los barones y los clérigos maldecían la memoria de Julio II. Pompeyo Colonna, obispo de Rieti y abad de Subiaco, que en otro tiempo había guereado á las órdenes de Gonzalo de Córdoba, se puso á la cabeza de todos los nobles á quienes el moribundo había inferido algún trágico agravio; entre ellos figuraban Roberto Orsini, hijo de Pablo, asesinado por los Borgia; Jorge Cesarini y Antimo Savelli. Inmediatamente marchó contra el Capitolio, y allí, como un tribuno de la Edad Media, ofreció la libertad á los burgueses y al pueblo. Guicciardini, que nos ha conservado la arenga completamente gibelina de Pompeyo, ha debido exagerar su violencia, pero á lo menos podemos recordar los deseos del reformador: restauración del régimen municipal, armamento del pueblo, entrega de Santángelo al municipio, nombramiento de cuatro cardenales elegidos entre las familias nobles de Roma por el nuevo papa. Organizábase ya la revolución en el Capitolio, cuando un mensajero trajo la noticia de que Julio II se encontraba más aliviado en su enfermedad. Había bebido malvasía, comiéndose además un melocotón. Los cardenales, que ya conspiraban, quedáronse aterrados ante una mejoría tan inaudita. Entonces el papa perdonó á su sobrino.

No obstante, los barones reunidos el 28 de Agosto en la iglesia de Ara-Cœli, se juraron la paz, comprometiéndose á favorecer el concilio. El papa, que estaba convaleciente, ignoraba los acontecimientos del Capitolio. Cuando Isabel de Urbino le informó de lo ocurrido, su furor fué tan terrible que Pompeyo Colonna, avisado oportunamente, se

ocultó en Subiaco, y Roberto Orsini salió á uña de caballo para Francia.

LA SANTA LIGA CONTRA FRANCIA.— En Septiembre de 1511, el emperador, que seguía soñando con la tiara, se adhirió á la empresa religiosa de Luis XII y recomendó el concilio de Pisa á los soberanos de la cristiandad. Julio II lanzó el entredicho contra Pisa y Florencia, que no se había atrevido á negar á los prelados cismáticos la entrada en una ciudad de su dominio. El 5 de Octubre promulgó el acta de la Santa Liga: Fernando se comprometía á combatir á Luis XII en Italia y en Navarra. El emperador podía ingresar en la Liga, formada por Enrique VIII, los venecianos y los suizos. El ejército de los confederados, incluyendo los suizos, ascendía á unos 36.000 hombres. El papa y Venecia contribuían con 20.000 ducados mensuales á los gastos de la guerra. La República prometió catorce galeras y España doce. Se nombró capitán general á Raimundo de Cardona, virrey de Nápoles. He aquí los propósitos de los aliados: la unión de la Iglesia Católica, la dispersión del concilio de Pisa, la toma de Bolonia, de Ferrara y de todas las ciudades codiciadas por la Santa Sede y la expulsión de los franceses más allá de los Alpes. Algunos días después, los cardenales cismáticos fueron exonerados de sus dignidades y beneficios.

Asustados los florentinos, enviaron á Maquiavelo á Milán, junto al virrey Gastón de Foix, y luego á Blois, cerca de Luis XII. El secretario de Estado no obtuvo del primero más que respuestas belicosas, y del monarca francés una vaga promesa de sacar de Pisa el foco del cisma. Entretanto el emperador prestaba cada vez menos atención al concilio, á cuyas sesiones no quisieron asistir sus obispos. El 5 de Noviembre se abrió el sínodo cismático en el *Duomo* de Pisa bajo la protección de las tropas de Lautrec, que impidieron al pueblo derribar las puertas de la catedral, abandonada por su clero. El concilio componíase de cuatro cardenales, dos arzobispos y catorce obispos. Los decretos del primer día anularon las censuras del papa, las decisiones y los decretos del próximo concilio de Letrán. Después de tres sesiones, cansados de los continuos alterca-

dos entre pisanos y franceses, los padres resolvieron trasladarse á Milán. Pero aquí, como en Pisa, los clérigos se mostraron hostiles á los reformadores que, según la frase de Guicciardini, «parecían hallarse más necesitados de reforma que el resto de la Iglesia».

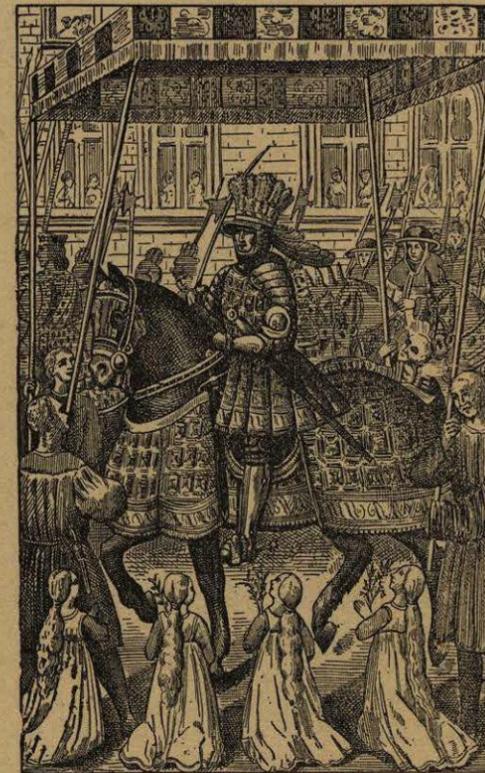
GASTÓN DE FOIX. BATALLA DE RÁVENA.— El papa, cuyo tesoro se agotaba en prepara-

tivos militares, reanudó las hostilidades. Hizo avanzar hacia Bolonia y Ferrara á las huestes españolas y pontificias, acaudilladas por Cardona; los venecianos y los suizos del cardenal de Sión se dirigieron á Lombardía por el Este y el Norte. Gastón de Foix prometió á los suizos una buena gratificación, y los primeros infantes del mundo se retiraron tranquilamente á sus montañas. Faltaba muy poco para que se rindiera Bolonia, defendida por los Bentivogli, Ivo d'Allegro y Lantrec, á causa de la formidable brecha abierta en sus murallas por el ingeniero

Pedro Navarro, cuando Gastón logró entrar en ella con 1.300 lanzas y 14.000 infantes. Los confederados retrocedieron hacia el interior de Romaña, mientras que los venecianos tomaban á Brescia. Gastón acudía á este punto, dejando en Bolonia á 4.000 hombres. En el camino derrotó á un destacamento veneciano y llegó á Brescia, cuya ciudadela se hallaba todavía en poder de los franceses. El 19, y después de una furiosa lucha con los venecianos y los habitantes de la plaza, forzó la entrada de la ciudad. En aquel momento sucumbieron 22.000 brescianos. Gastón permitió á los soldados que saquearan la ciudad y después los condujo de nuevo á toda prisa hacia Romaña. En

Finale se juntó con sus refuerzos y con las tropas de Ferrara. Su ejército componíase entonces de 23.000 hombres—franceses, alemanes é italianos—, sin contar la artillería del duque Alfonso. Las fuerzas españolas eran algo inferiores en número, pero Cardona tenía cincuenta carros armados de hoces, de reciente invención.

Interesábale á Luis XII que la campaña concluyese pronto. Los suizos, dispuestos siempre á venderse, aprestábanse á invadir de nuevo al Milanésado. Fernando amenazaba á Francia por Navarra y Enrique VIII por Normandía; el emperador estaba á punto de reclamar el contingente prestado al rey. Pero los confederados, fieles á la táctica italiana, hurtaban todo encuentro con el enemigo, á fin de cansarlo con la marcha y la espera. Gastón, para obligarlos á batirse, se lanzó bruscamente sobre Rávena, defendida por Marco Antonio Colonna con 1.500 infantes y alguna arti-



Entrada de Luis XII en Génova

lería. El 9 de Abril, día de viernes santo, fracasó el primer asalto francés, perdiendo Gastón 300 hombres. Después se retiró á su campamento, entre el Ronco y el Montone, riachuelos que se juntan cerca del muro de la ciudad. El 10 de Abril llegó de Faenza el ejército de la Liga y se fortificó abriendo un cerco de zanjas en el fango de la llanura, á tres millas al Sudeste de Rávena. En aquel momento los sitiados estaban á punto de capitular, sin que lo supiera su gobernador Colonna. Pero urgía á Gastón de Foix y á Nemours librar la batalla, pues acababan de recibir la carta en que el emperador reclamaba á sus alemanes, y temían no poder ocultarla más de veinticuatro horas.

Al amanecer del día de Pascua el ejército de Luis XII se puso en orden de batalla, evolucionando, después de pasar el Ronco, en forma de media luna, teniendo á la derecha la artillería con el duque de Ferrara. En el campo atrincherado de los españoles toda la infantería se había echado en el suelo, por orden de Navarro; en el primer momento, los cañones franceses no dispararon más que contra la caballería italiana de Fabricio Colonna. Al simular éste un movimiento ofensivo, todo el ejército de la Liga salió del campamento. Retrocedieron los escuadrones de Colonna, diezmados por un fuego terrible; la infantería española, los veteranos de Gonzalo de Córdoba, se sostuvieron firmes mucho tiempo contra la furia francesa. Por ambas partes la carnicería fué enorme. Una bala de cañón mató á Ivo d'Allegro, que acababa de ver á su hijo morir á su lado. Los caballos sin jinete, los carros amontonados á lo largo del Ronco armaban gran confusión en el campo de batalla. Colonna y el marqués de Pescara cayeron prisioneros. Raimundo de Cardona, loco de terror, huyó hasta Cesena, y Carvajal corrió «como una liebre delante de los perros», según la frase de Pedro Mártir; cabalgando día y noche no paró hasta Roma.

La infantería española, «en un dique enorme, apretado, con la espada de punta y con el puñal, sostenía impávida el choque del bosque movible de las lanzas alemanas». (Michelet.) Pero la gendarmería francesa, cayendo sobre el flanco de los españoles, decidió su derrota. Vióseles entonces evolucionar tranquilamente y batirse en retirada á paso de parada hacia Rávena, á lo largo de una angosta calzada. En aquel momento, Gastón de Foix corrió con algunos jinetes contra aquellos infantes cuya admirable disciplina le enfurecía. Los españoles dispararon contra él á quemarropa. Cayó de la calzada al pantano y le remataron con las picas, hiriéndole en la cara y en el pecho. Tenía veintidós años. «En dos meses había tomado diez ciudades y ganado tres batallas, correspondiéndole la gloria insigne de unir su nombre á la gran revolución que presentó á la verdadera Francia, á la infantería, en el teatro de las guerras.» (Michelet.)

Francia perdió en él á un general de genio, que seguramente habría hecho cambiar el curso de las guerras ulteriores de Italia.

En el campo de batalla quedaron 16.000 cadáveres. Los gascones y los alemanes saquearon y degollaron á los habitantes de Rávena, que les abrió sus puertas.

Rindiéronse Rímimi, Cesena, Cervia, Imola y Faenza. El papa había perdido la Romaña.

Cuando le comunicaron el desastre (14 de Abril), Julio II huyó á Santángelo. Los cardenales se postraban á sus pies, rogándole que aceptara las condiciones impuestas por Luis XII. Al día siguiente el pontífice recobró su entereza de ánimo. Un emisario del cardenal de Médicis, que también había caído prisionero, le informó acerca del lastimoso estado en que se encontraban los vencedores. Los dos generales, La Palice y el cardenal San Severino, no podían entenderse. El duque de Ferrara se retiraba á sus Estados. Por otra parte, los suizos aprestábanse á intervenir de nuevo en la contienda y á encender la guerra en Lombardia.

La Palice, creyendo cercana la paz, suspendió el avance contra Roma, dirigiéndose hacia Milán. Los Orsini, sobornados por Julio II, se negaron á seguir sirviendo á Luis XII, y el emperador reclamó á los alemanes. En pocos días se perdió el fruto de la batalla de Rávena.

CONCILIO DE LETRÁN.—El 3 de Mayo Julio II inauguró el concilio. La víspera había celebrado en San Juan de Letrán una extraña procesión de cardenales, de caballería, de obispos y de cañones. Un centenar de prelados, italianos en su mayoría, intervinieron en las deliberaciones del concilio, que se verificó en presencia de los embajadores de Florencia y de Venecia. Gil de Viterbo, general de los agustinos, pronunció en la primera sesión un discurso en el cual afirmó que la Iglesia había sido vencida en castigo de la política militar de la Santa Sede, pero que la oración, la fe y el ascetismo le devolverían la victoria. Al día siguiente Tomás de Vio, general de los dominicos, disertó en opuesto sentido, diciendo que el papa era el rey de la Iglesia y superior á los concilios. Los padres anularon las

decisiones de los concilios de Pisa y Milán. Ya el infatigable Julio II celebraba una nueva alianza contra Francia con el emperador, Venecia é Inglaterra. El 17 de Mayo la liga fué proclamada *Urbi et Orbi*.

FRANCIA PIERDE Á ITALIA.—En los primeros días de Junio, los suizos marcharon contra el Veronés uniéndose con los venecianos, mientras que las huestes pontificias avanzaban sobre Romaña. La Palice y Trivulcio se vieron obligados á batirse en retirada. Insurreccionáronse las ciudades. Milán degolló á todos los franceses. Á su vez los cardenales cismáticos de Milán se marcharon llevándose consigo al legado Juan de Médicis, pero al pasar el Po se evadió el prisionero. Ya no le quedaban á Luis XII más que algunas fortalezas en Romaña y en Lombardia. Asti había caído en poder de sus adversarios y Génova se rebelaba clamando á su dux. El 10 de Junio Bolonia

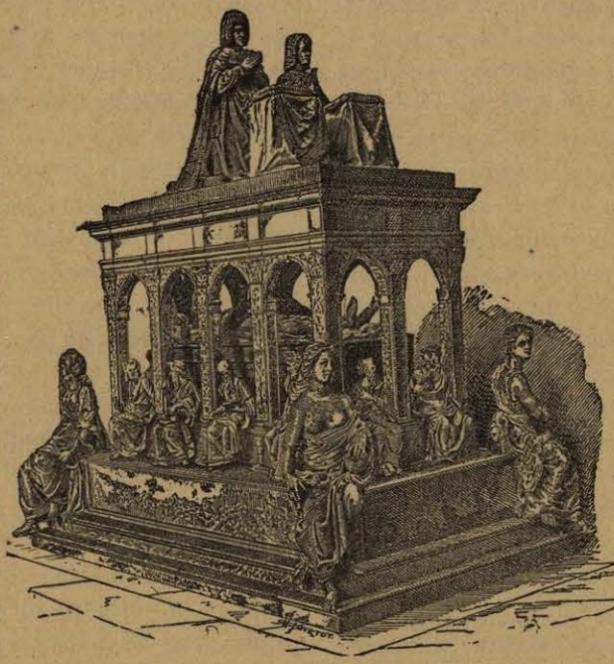
se rindió al duque de Urbino. Los restos del ejército de Gastois pasaron los Alpes, y Julio II, que creía haber libertado de los bárbaros á Italia, mandó iluminar á Roma entera el día de los apóstoles Pedro y Pablo.

El 4 de Julio Alfonso de Ferrara entró de noche en Roma para solicitar la absolución pontificia. Los Colonna y los Gonzaga habían negociado la reconciliación, pero el duque se sorprendió al saber que en ausencia suya el papa se apoderaba de sus ciudades y hasta pretendía quedarse con Ferrara. Julio, encerrado en el castillo de Santángelo, invitó á Alfonso á recibir en aquella ciudadela de la Iglesia el perdón de sus faltas. El duque comprendió que no volvería á salir del castillo mientras viviera el

papa, puesto que en Roma casi se sentía prisionero. El 19 de Julio, montado á caballo entre los Colonna y sus escuderos, logró pasar la puerta de San Juan y huir á Marino, desde donde á los tres meses pasó disfrazado á Nápoles, dirigiéndose luego por mar á la desembocadura del Po.

En Agosto Julio II se apoderó de Módena, que pertenecía al duque. Éste mandó al Ariosto como embajador cerca del pontífice, que dijo al poeta que mandaría que le arrojaran al Tíber «como un perro». Inmediatamente el Ariosto montó á caballo, huyendo de la ciudad apostólica. Pronto se desencadenó la tormenta sobre Florencia, que había permitido que se celebrara en Pisa el concilio cismático. En el Congreso de Mantua los confederados acordaron restaurar á los Médicis. Los españoles se encargaron de ejecutar á la República, restituyéndosela á sus antiguos tiranos en el mes de Septiembre, después de haber acuchillado, como medio de intimidación, á los habitantes de Prato.

Parma y Piacenza, separadas del ducado de Milán, sometieron en seguida al yugo pontificio. Italia se preguntaba cuándo se saciaría la codicia de Julio II. Europa se agitaba inquieta; Venecia se encontraba despojada de varias ciudades por Cardona, de Verona y Vicenza por Maximiliano. El emperador veía con disgusto que había perdido su soberanía sobre Módena, Reggio, Parma y Piacenza. Hubiera querido conservar el Milanésado para su nieto Carlos, pero el papa y los suizos se opusieron á aquel proyecto. En el mes de Diciembre, Maximiliano, hijo de Ludovico el Moro, regresó á



Tumba de Luis XII en la abadía de San Dionisio

Milán, cuya ciudadela perteneció hasta entonces á los franceses.

No obstante, aun quedaban bárbaros en Italia: los españoles, los suizos y los alemanes. Cuando el cardenal Grimani le hizo notar esta desagradable circunstancia, Julio II contestó, esgrimiendo iracundo su bastón. «Si Dios quiere, ya recobraré á Nápoles.» Indudablemente pensaba en nuevas guerras y en nuevas ligas, pero sus fuerzas estaban agotadas. El 4 de Febrero de 1513 llamó á la cabecera de su lecho á París de Grassis, con el objeto de reglamentar el ceremonial de sus funerales. Temía que los prelados sepultaran su cadáver como habían hecho con los de Sixto IV y Alejandro VI, cubiertos apenas con algunos harapos. Muchas veces, asustado de su obra, lamentaba haber ceñido la tiara. Pidió á los cardenales que rezaran por su alma, y como sacerdote perdonó á los cismáticos de Pisa, pero como papa los maldijo. Llorando dió su bendición á los circunstantes. Después pidió que le dieran á beber un elixir maravilloso inventado por un charlatán. Á última hora rechazó á su hija Felicia, que le pedía el capelo de cardenal para su hermano materno. Durante la noche del 20 al 21 de Febrero expiró, acudiendo Roma entera á besar los pies del pontífice, que había consagrado toda su vida á defender la independencia de Italia.

POLÍTICA BELICOSA DE LEÓN X.—El interés de los Médicis había de señalar, desde el principio del pontificado, la orientación política del nuevo papa. El plan de León X, discutido entonces entre Maquiavelo y Vettori, consistía en favorecer espléndidamente á sus sobrinos Julián y Lorenzo, adjudicándoles Parma y Piacenza, y hasta quizá (según Vettori, que era confidente del papa) en apoderarse de Lombardía. Cualquiera que fuese, por otra parte, la medida de aquella ambición, el papa se encontraba ante el problema que había preocupado tanto á Alejandro VI y á Julio II: decidirse por la alianza con Francia ó con España. Á fines de Marzo de 1513, Luis XII proporcionó al papa una ocasión para definir su actitud al aliarse en Blois con los venecianos para recuperar á Lombardía; la República tenía que recobrar sus antiguas posesiones de tierra firme.

León X respondió el 5 de Abril, con la liga de Malinas, que fusionaba á la Santa Sede, Inglaterra, el Imperio y España. En Mayo se reprodujo la guerra de Italia.

El ejército francés, mandado por La Tremoille y Trivulcio, y el de Venecia por Alviano, marcharon simultáneamente hacia Milán. Génova y las ciudades del ducado cayeron una tras otra en poder del rey, pero los suizos, retribuidos por el papa, alcanzaron á La Tremoille en Novara, se apoderaron de su artillería, le mataron 8.000 hombres y le obligaron á retirarse precipitadamente por el camino de los Alpes. El viejo general los detuvo á fuerza de oro y promesas en Borgoña, en el mes de Septiembre, después de la derrota de los franceses por los ingleses en Guinegate. Alviano replegó su ejército sobre Padua, donde se encerró, y los españoles y los imperiales llevaron sus tropas hasta frente al *campanile* de San Marcos, cañoneando á Venecia. La República tuvo que luchar otro año más contra el emperador por la posesión de Verona y Brescia.

Invasión de Francia por los ingleses, no vaciló Luis XII en reconciliarse con el papa. El 17 de Diciembre fué disuelto el concilio cismático refugiado en Lyon, y entonces hubo paz entre el rey y la Iglesia, pero aquella reconciliación no era sincera. Sin embargo, las circunstancias facilitaban una pacificación de la cristiandad. Luis XII y Fernando habían acordado el 1.º de Diciembre una tregua en la guerra de Italia. Enrique VIII se disponía á reconciliarse con Francia, por el matrimonio de su hermana María con Luis XII. Éste prodigaba al papa las ofertas en favor de sus sobrinos los Médicis. Pero León X no pensaba más que en los medios de que se rompieran de nuevo las hostilidades entre las cortes francesa y española. Á tal fin negociaba en secreto una liga constituida por España, el Imperio, los suizos, Florencia y Milán, reservando para última hora el pasarse á uno de ambos bandos. En Diciembre de 1514 envió á Bembo á Venecia para separar de Francia á esta República. La Señoría contestó que no firmaría la paz con el emperador mientras que éste detentara el Veronesado, y que después de todo, el papa obraría cuerdamen-

te aliándose con los franceses, que podrían ayudarle á dar á su hermano Julián la corona de Nápoles.

En las cartas cambiadas entre Maquiavelo y Vettori (1514) adviértense claramente la incertidumbre y las peligrosas fluctuaciones de aquella política pontificia. El antiguo secretario de Estado repite en todos los tonos al consejero de León X que la salvación de la Santa Sede está en la alianza francoveneciana, y que el Imperio, España y los suizos arruinarían á Italia, *sine spe redemptionis*. Al propio tiempo demuestra que la adversidad no se encarnizaría tanto con

Francia como con otra nación cualquiera. Á lo menos, el papa tendría sus tierras de Aviñón para refugiarse. Francia, que resurgiría presto, le sostendría fielmente. «Si se adhiere al partido español y sucumbe, deberá emigrar á Suiza para morir de hambre, ó á Alemania para ser objeto de mofa, ó á España para que le desuellen.»

Á los pocos días murió Luis XII (1.º de Enero de 1515), y seis meses después, León X, que no había entendido nada de cuanto le dijo Maquiavelo por mediación de Vettori, se lanzó imprudentemente á la política, que debía fracasar en Marignán.

BIBLIOGRAFÍA

Acerca de la historia interior de Italia consúltese la bibliografía del capítulo precedente, y para la historia interior de Francia, véase la del capítulo IV de este mismo tomo, y muy especialmente las notas concernientes á Maquiavelo, Guichardin, Burchard, Infessura, Pedro Martyr, etc.

COLECCIONES DE DOCUMENTOS.—A. DESJARDINS, *Négociations diplomatiques de la France avec la Toscane*, t. I, París, 1859 (*Coll. des doc. inéd.*).—COMMINES, *Lettres et négociations*, editor Kervyn de Lettenhove, Bruselas, 1867-1868, 2 vol. en 8.º.—*Lettres du roy Louis XII et du cardinal Georges d'Amboise*, edit. por J. Godefroy, Bruselas, 1712, 4 vol. en 8.º.—A. GIUSTINIAN, *Dispacci dal 1502 al 1505*, edit. por Villari, Florencia, 1876, 3 vol. en 12.º.—CESARE FOUCARD, *Carteggio diplomatico dal 1493 al 1496*, Nápoles, 1879.—ROMANIN, *Storia documenta di Venezia*, Venecia, 1853-60, t. IV y siguientes.

CRÓNICAS É HISTORIAS DE LA ÉPOCA.—COMMINES, *Mémoires*, en la *Coll. Soc. hist. de France*, 1840-1847, y edit. Chantelauze, París, 1881.—FLEURANGES (Robert de la Mark, sire de), *Mémoires* (en las colec. Buchon, t. IX; Michaud, t. V; Petitot, t. XVI).—G. DE LA PILORGERIE, *Campagnes et bulletins de la grande armée d'Italie commandée par Charles VIII (1494-1495)*, Nantes y París, 1866, en 12.º.—P. DESREY, *Les grandes chroniques de Charles VIII*, publicadas por Monstrelet, y *Relation du voyage du roy Charles VIII*, en D. Godefroy, y en Cimber y Danjou, t. I, París, 1834, en 8.º.—A. DE LA VIGNE, *Le vergier d'honneur de l'Entreprise, et voyage de Naples*, en Cimber y Danjou, id. t. I.—CLAUDE DE SEYSSEL, *Les louanges du bon roy Louis XII*, París, 1587,

y *La victoire de Louis XII sur les Vénitiens* (en Godefroy, *Hist. de Louis XII*).—J. DE SAINT-GERLAIS, *Historie de Louis XII* (en las colecciones de Th. y D. Godefroy).—*Histoire du chevalier Bayart* (por el LOYAL SERVITEUR, edic. de la Soc. d'hist. de France, 1878).—*Un éloge de Louis XII, père de la France en 1509 (Panegirica in laudem Ludovici XII)*, publicado por R. DE MAULDE, en la *Revue Historique* de Mayo de 1890.—DENIS II GODEFROY, *Histoire de Charles VIII*, París, 1684, en folio, y TH. GODEFROY, *Histoire de Charles VIII é Histoire de Louis XII*, París, 1615-1622, en 4.º, incluyen otros documentos y memorias de gran interés.

MARINO SANUDO, *De adventu Caroli VIII in Italiam* (Biblioteca Nacional); *Chronicon venetum (1494-1500)*, en Muratori, t. XXIV; y *Diarii*, Venecia, después de 1879.—EN MURATORI: t. XXI, *Storia Bresciana*; t. XXIV, SENAREGA, *De rebus Genuensibus*.—En el *Archivio storico italiano*: t. VI, 2.ª parte, *Memoriale di Giovanni Porto-Venere*; t. I, el Tratado de Carlos VIII con Florencia; t. XVI, serie 3.ª, *Negociaciones secretas de 1494 entre los príncipes italianos*; t. III, SANUTO, *Storia del Cagnola*.—ARLUNUS MEDIOLANENSIS, *De bello veneto libri VI*, y MOCENICUS, *Livri VI belli cameracensis*, en GRAEVIVS, *The-saurus antiq. Italiae*, Leyde, 1704, en folio, t. V.—PARIDE DE GRASSIS, *Diarium Romanæ curiæ* (fragmento acerca de las dos expediciones de Julio II, 1506-1507 y 1510-1512), edit. por L. Frati, Bolonia, 1886.—LUCA LANDUCCI, *Diario Fiorentino*, edit. por Del Badia, Florencia, 1883.—Los historiadores españoles, MARINEUS SICULUS, ANT. NEBRISSENSIS, ZURITA, etc. en SCHOTT y PISTORIUS, *Hispaniæ illustratæ scriptores*, Francfort, 1603, 3 vol. en folio.—Poema de TSANÉ KORONÆOS en honor de Mercurio Bouas, albanés,

capitán de mercenarios que tomó parte en todas las batallas libradas durante los reinados de Carlos VIII, Luis XII y Francisco I, y que se gloriaba de haber herido y casi apresado á Carlos VIII. Este poema fué publicado por C. STHAS en sus HELLENIKA ANECDOTA, t. I, Atenas, 1867.

LIBROS.—REINADO DE CARLOS VIII.—C. DE CHERRIER, *Histoire de Charles VIII*, París, 1868, 2 vol. en 8.º.—ROSMINI, *Dell' Istoria intorno alle militari imprese et alla vita di Gian-Jacopo Trivulzio*, Milán, 1815, 2 vol.—PH. VAN DER HAEGHEN, *Examen des droits de Charles VIII sur le royaume de Naples*, en la *Revue Historique*, Mayo 1885.—CHOTARD, *Charles VIII et l'expédition d'Italie*, según las cartas del rey y de su secretario Robertet, París, 1865, en 8.º.—H.-FR. DELABORDE, *L'expédition de Charles VIII en Italie*, París, 1888.—LUZIO Y RENIER, *Francesco Gonzaga alla battaglia di Fornovo*, 1495, Florencia, 1890.—L. BELTRAMI, *Il castello di Milano sotto il dominio degli Sforza*, 1460-1535, Milán, 1885.—F. CALVI, *Bianca-Maria, Sforza-Visconti, regina dei Romani e gli ambasciatori di Ludovico il Moro alla Corte Cesarea, secondo nuovi documenti*, Milán, 1888.—L. G. PÉLISSIER, *Les amies de Ludovic Sforza et leur rôle en 1498-1499*, en la *Revue Historique de Enero de 1892*.—A. LEONETTI, *Papa Alessandro VI secondo documenti é*

carteggi del tempo, Bolonia, 1880.—L. THUASNE, *Djem-Sultan (1459-1495)*, París, 1892.

REINADO DE LUIS XII.—DE MAULDE-LA-CLAVIÈRE, *Histoire de Louis XII*, parte 1, 3 vol., 1892.—R. DE MAULDE, *La mère de Louis XII, Marie de Clèves, duchesse d'Orléans*, en la *Revue Historique de Enero de 1883*, *Jeanne de France, duchesse d'Orléans*, París, 1883, en 8.º.—HAYEMANN, *Gesch. der italienischen-französischen Kriege von 1496 bis 1518*, Göttingue, 1835, 2 vol. en 8.º.—BUSER, *Die Beziehungen der Mediceer zu Frankreich*, Gotha, 1879.—FILIPPI, *Il convegno in Savona tra Luigi XII et Ferdinando il Cattolico*, Savona, 1890, y *Ancora del convegno di Savona*, Savona, 1891.—L. PÉLISSIER, *La politique du marquis de Mantoue pendant la lutte de Louis XII et de Ludovic Sforza (1498-1500)*, en los *Ann. de la Fac. des lettres de Bordeaux*, 1892.—GOZZADINI, *Di alcuni avvenimenti in Bologna e nell' Emilia dal 1506 al 1511*, Bolonia, 1886.—FORNONI, *Bergamo e la Lega di Cambray*, Bergamo, 1889.—L. DE VILLENEUVE, *Recherches sur la famille Della Rovere*, Roma, 1837.—FR. MITTI, *Leone X e la sua politica*, Florencia, 1893.—W. GISI, *Der Antheil der Eidgenossen an der europ. Politik in den Jahren 1512-1516*, Schaffouse, 1866.—FRAKNOI, *Ungarn und die Liga von Cambray*, Pesth, 1883.



CAPÍTULO III

LAS GUERRAS DE ITALIA

SEGUNDA PARTE

FRANCISCO I, ENRIQUE II, CARLOS V

(1515-1559)

I.—Hasta la elección imperial de 1519

FRANCISCO I. LA CORTE DE FRANCIA.—El reinado de Francisco I señala la época del primer conflicto importante entre las casas de Francia y de Austria. Sin embargo, este reinado empezó en plena aventura italiana. Los mismos errores políticos que habían ofuscado á Carlos VIII y á Luis XII, extraviaron á Francisco I á su advenimiento al trono. La subordinación de los intereses de Francia á las pretensiones hereditarias del rey sobre Nápoles y Milán, y la quimérica pretensión de la corona imperial, fueron los rasgos comunes del reinado de Francisco I y de sus predecesores. Además, una inclinación más fuerte y más noble que las ambiciones de éstos debió impulsar siempre á Francisco I, entusiasta de las letras y de las bellas artes, hacia la Italia del Renacimiento.

Francisco I contaba veinte años de edad cuando heredó la corona de su primo Luis XII, como último representante de la

familia de Valois-Orleans (1.º de Enero de 1515). Su abuelo, Juan, conde de Angulema, era el hijo menor de Luis de Orleans, hermano de Carlos VI. Francisco I reproduce, tanto por sus cualidades como por sus defectos, más fielmente que otro príncipe cualquiera de aquella familia la imagen del brillante fundador de la casa. De elevada estatura é intenso vigor físico, tenía el rostro hermoso y simpático, una amable sonrisa y una elocuencia insinuante con gran aspecto de sinceridad. La cortesía, el valor y las demás cualidades caballerescas, tan apreciadas en los príncipes de su tiempo, eran naturales en él, habiéndolas desarrollado la educación. Apartado de la corte por la envidia de Ana de Bretaña, vivió en el castillo de Amboise, siendo desde niño excelente jinete é incansable cazador. No obstante, influyó desfavorablemente sobre su desarrollo mental, pues creció en un reducido círculo de fanáticas abnegaciones y ciegas ternuras. Su madre, Luisa de Saboya, se consolaba de una existencia hasta entonces triste y